

3. Sobre la arena  
tres espectros:  
Juventud, alegría y belleza.
4. Aquí yace una niña:  
oro, rosas, sangre:  
TODO EN NEGRO.
5. Naranjas chinas  
bajo la luna de mayo:  
tus senos.
6. Lo que te dije  
sonó a hueco. Choque de lámina  
sobre el agua, ECO.
7. Lo que recuerdo:  
sus ojos negros  
su vestido naranja,  
y su pecho.

## Tours de Dieu! Poetes!

(D'après RUBÉN DARÍO  
á PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA).

Tours de Dieu! Poètes!

Phares divins  
qui résistez à la dure tempête  
comme la falaise aux embruns,  
comme la cime aux insultes des airs,  
ô maitres des éclaires  
et dignes des éternités!

La magique Espérance nous annonce le  
[jour  
harmonieux, où, sur les écueils tourmentés,  
la perfide sirène viendra se déchirer...  
Et seulement alors pourrons-nous espérer  
la bel arpège marin au ferme et clair con-  
[tour.

Qu'importe?  
La matière brutale se plaît à proclamer  
sa haine des rythmes sacrés;  
qu'importe? Les peuples furieux  
luttent pour une proie déjà morte,  
qu'importe? Les demi-dieux  
eux-mêmes se révoltent,  
et le barbare, du sang aux dents, du sang  
[aux yeux,  
rêve éternellement son rêve monstrueux...

Poetes, déployez vos riantes bannières,  
faites nous oublier les haines et le fiel  
en chantant l'hésitante brise printanière  
et la tranquillité de la mer et du ciel...

PAUL MORIN.

(Del libro *Poèmes de cendre  
et d'or*, Montreal, 1922).

## Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París  
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y  
garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m.  
y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

# La leyenda en la historia

HE leído un grueso volumen sobre *Ricaurte y sus impugnadores ante la crítica*, escrito por el señor Luis Orjuela, miembro de las Academias de Historia y de la Lengua, e impreso, graciosamente, en la Imprenta Nacional. Es un estudio analítico y ampliamente documentado respecto de la autoridad que pueda tener el *Diario de Bucaramanga* (en infausto día publicado en París), cuando se refiere a los héroes de la Nueva Granada, y, en especial, a Antonio Ricaurte. En el curso de la lectura de la obra del señor Orjuela, he hecho, al margen, algunas anotaciones.

Ante todo, y como directamente interesado en esta polémica, ya muy antigua y trasnochada, vayan mis agradecimientos a los señores Orjuela y Raimundo Rivas, autor y prologuista de la obra: al autor, por ser el primero, de su escuela, que en Colombia y Venezuela ha tratado el punto sin calumniarme ni injuriarme, y, al prologuista, por los discretos conceptos con que se refiere a mí. El señor Rivas merece, además, un aplauso, porque, siendo académico de la Historia, ha tenido el raro valor de recordar, en su introducción, que don Angel y don Rufino José Cuervo, eximios colombianos, nos enseñaron que en los colegios de Suiza está prohibido exponer, como verdad histórica, la hermosa leyenda de Guillermo Tell.

En lo demás, observo confusión de ideas, y aún garrafales contradicciones. El señor Rivas, por ejemplo, no tiene empacho en declarar que en el *Diario de Bucaramanga*, «con sana doctrina y habilidad», procuré defender la reputación de los militares granadinos; en cambio, el señor Orjuela no me incluye en la minuciosa enumeración que hace de los apologistas y detractores de Ricaurte, no obstante la declaración citada de su prologuista, y a pesar de mi libro *Colombia en la guerra de independencia*, que el señor Orjuela cita a cada paso en su obra, y en el cual no me propuse otra cosa que evidenciar, con los documentos existentes (a los cuales el señor Orjuela confiesa, houradamente, no haber agregado ninguno), el gran contingente, moral y material, prestado por la Nueva Granada en la magna guerra, y hacer la defensa de los militares granadinos, denigrados por los escritores venezolanos y por Bolívar mismo, más rudamente que en el *Diario de Bucaramanga*, en cartas dirigidas por él a militares granadinos, y en los propios días de la independencia. Agregó que, a juzgar por toda la obra, el señor Orjuela se inclina a catalogarme entre los detractores de Ricaurte, y que debo, sin duda, a un olvido o distracción, no verme sentado en el banco de los acusados. ¡Feliz distracción!

Tanto el autor como el prologuista hablan de «las sombras que (sobre Ricaurte), más o menos remoto, encuentran su nacimiento en Peru de Lacroix» (p. VIII), consideran

el *Diario de Bucaramanga* como «origen manifesto de todas las reticencias o afirmaciones que se han lanzado para amenguar la gloria de Ricaurte» (p. v), y a Peru de Lacroix como «el lanzador de la primera piedra contra la hazaña del héroe granadino, hecho que ha dado asidero a la suspicacia de todos sus seguidores» (p. 50); pero en seguida confiesa el autor que «desde el punto mismo del sacrificio de Ricaurte, su gloria no fué bien mirada por los militares» (p. XI), y más adelante: «Contradictores tuvo, pues, Ricaurte, desde el primer día de su gloria, cosa, en verdad, no extraña, si se recapacita que con émulo tropezó siempre la fama» (p. 35); y otra vez: «La gloria de Ricaurte no fué bien apreciada entre militares desde el punto mismo del sacrificio del héroe, tal cual lo predica la relación ambigua de la pieza oficial debida a Muñoz Tébar» (p. 222), para luego afirmar el mismo señor Orjuela que la publicación que hice en París del *Diario de Bucaramanga* «a disgusto de los académicos venezolanos», «dígase lo que se quiera (son sus palabras), merece bien de la Patria» (p. 62), y, pocas páginas después, que «acertó Lacroix a producir una obra tan abundante en relatos congruentes con la realidad de los hechos, como rica en agudas perspicacias y en gráficas expresiones; por lo cual, dígase lo que se quiera (son sus palabras), el interés que el libro despierta es tan grande que el lector que lo llega a tomar entre las manos no lo suelta» (p. 65). En otro pasaje hace el señor Orjuela un fervido elogio del *Diario de Lacroix*, revelador de que el académico de Historia, sin embargo de su prevención contra el oficial francés, y a par de los más eminentes escritores de América, ha sentido también, al volver cada hoja de ese libro, pisadas de animal grande. Que el libro de Lacroix «es de gran trascendencia histórica y de notable interés para completar el estudio moral de Bolívar, es, dice el señor Orjuela, efectivamente, el criterio que ya empieza a predominar entre los mejores críticos e historiadores de la América hispana cuando se trata de juzgar ese libro, y parece que no pasará mucho tiempo sin que el común criterio de los ibero americanos se encuentre unánime en la manera de apreciar dicho libro» (p. 199).

Todos esos juicios, como se ve, son contradictorios, y demuestran, una vez más, que no se puede escribir historia sobre tesis preconcebidas. Para sacar victoriosa el señor Orjuela su convicción, que creo sincera, dé que Peru de Lacroix es el responsable del desdoro de la gloria de Ricaurte, no advierte que muchos años antes de que el *Diario* fuera conocido, aun de un corto número de escritores del Avila, cuando esos manuscritos dormían con los papeles de don Ramón Azpurúa (a quien, en cuestiones históricas, se le durmieron siempre), ya el general Soublette, de sobremesa en su hogar, en